



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI

Miércoles, 24 de agosto de 2022

[[Multimedia](#)]

Catequesis sobre la vejez 18. Los dolores de parto de la creación. La historia de la criatura como misterio de gestación

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hace unos días celebramos la Asunción al cielo de la Madre de Jesús. Este misterio ilumina el cumplimiento de la gracia que configuró el destino de María, y también ilumina nuestro destino. El destino es el cielo. Con esta imagen de la Virgen asunta al cielo, quisiera concluir el ciclo de catequesis sobre la vejez. En Occidente la contemplamos elevada hacia lo alto envuelta en una luz gloriosa; en Oriente se la representa tendida, durmiente, rodeada de los Apóstoles en oración, mientras el Señor Resucitado la sostiene en sus manos como a una niña.

La teología siempre ha reflexionado sobre la relación de esta singular “asunción” con la muerte, que el dogma no define. Creo que sería aún más importante explicitar la relación de este misterio con la resurrección del Hijo, que abre el camino a la generación de la vida para todos nosotros. En el acto divino del reencuentro de María con Cristo resucitado, no sólo se supera la corrupción corporal normal de la muerte humana, no solo esto, se anticipa la asunción corporal de la vida de Dios. De hecho, el destino de la resurrección que nos ocupa es anticipado: porque, según la fe cristiana, el Resucitado es el primogénito de muchos hermanos y hermanas. El Señor resucitado es el que fue primero, el que resucitó primero, luego iremos nosotros: este es nuestro destino: resucitar.

Podríamos decir —siguiendo las palabras de Jesús a Nicodemo— que es un poco como un segundo nacimiento (cf. *Jn* 3,3-8). Si el primero fue un nacimiento en la tierra, este segundo es el nacimiento en el cielo. No es casualidad que el apóstol Pablo, en el texto leído al principio, hable de los dolores de parto (cf. *Rm* 8,22). Así como, en cuanto salimos del vientre de nuestra madre, seguimos siendo nosotros, el mismo ser humano que estaba en el vientre, así, después de la muerte, nacemos al cielo, al espacio de Dios, y seguimos siendo nosotros los que hemos caminado por esta tierra. De la misma manera que le ocurrió a Jesús: el Resucitado sigue siendo Jesús: no pierde su humanidad, su experiencia vivida, ni siquiera su corporeidad, no, porque sin ella ya no sería Él, no sería Jesús: es decir, con su humanidad, con su experiencia vivida.

La experiencia de los discípulos, a los que se les aparece durante cuarenta días después de su resurrección, nos lo dice. El Señor les muestra las heridas que sellaron su sacrificio; pero ya no son la fealdad del desaliento dolorosamente sufrido, ahora son la prueba indeleble de su amor fiel hasta el final. ¡Jesús resucitado con su cuerpo vive en la intimidad trinitaria de Dios! Y en ella no pierde su memoria, no abandona su historia, no disuelve las relaciones en las que vivió en la tierra. Prometió a sus amigos: «Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (*Jn* 14,3). Él se fue para preparar un lugar para todos nosotros, y habiendo preparado un lugar vendrá. No sólo vendrá al final por todos, sino que vendrá cada vez por cada uno de nosotros. Vendrá a buscarnos para llevarnos a Él. En este sentido, la muerte es un poco un peldaño hacia el encuentro con Jesús que me está esperando para llevarme a Él.

El Resucitado vive en el mundo de Dios, donde hay un lugar para todos, donde se está formando una nueva tierra y se está construyendo la ciudad celestial, la morada definitiva del hombre. No podemos imaginar esta transfiguración de nuestra corporeidad mortal, pero estamos seguros de que mantendrá nuestros rostros reconocibles y nos permitirá seguir siendo humanos en el cielo de Dios. Nos permitirá participar, con sublime emoción, en la infinita y dichosa exuberancia del acto creador de Dios, cuyas interminables aventuras viviremos en primera persona.

Cuando Jesús habla del Reino de Dios, lo describe como una comida de bodas, como una fiesta con amigos, como el trabajo que hace que la casa esté perfecta: es la sorpresa que hace que la cosecha sea más rica que la siembra. Tomar en serio las palabras evangélicas sobre el Reino permite que nuestra sensibilidad disfrute del amor activo y creador de Dios, y nos pone en sintonía con el destino inédito de la vida que sembramos. En nuestra vejez, queridos amigos, y me dirijo a los “viejos” y a las “viejitas”, en nuestra vejez se agudiza la importancia de tantos “detalles” de los que se compone la vida: una caricia, una sonrisa, un gesto, un trabajo apreciado, una sorpresa inesperada, una alegría hospitalaria, un vínculo fiel. Lo esencial de la vida, lo que más apreciamos al acercarnos a la despedida, se nos hace definitivamente claro. Pues bien, esta sabiduría de la vejez es el lugar de nuestra gestación, que ilumina la vida de los niños, los jóvenes, los adultos y de toda la comunidad. Los “viejos” debemos ser esto para los demás: luz para los demás. Toda nuestra vida es como una semilla que tendrá que ser enterrada para que

nazca su flor y su fruto. Nacerá, junto con todo lo demás en el mundo. No sin dolores de parto, no sin dolor, pero nacerá (cf. *Jn* 16,21-23). Y la vida del cuerpo resucitado será ciento y mil veces más viva que la que hemos probado en esta tierra (cf. *Mc* 10,28-31).

El Señor Resucitado, no por casualidad, mientras espera a los Apóstoles junto al lago, asa un poco de pescado (cf. *Jn* 21,9) y luego se lo ofrece. Este gesto de amor solidario nos permite vislumbrar lo que nos espera al cruzar a la otra orilla. Sí, queridos hermanos y hermanas, sobre todo vosotros, los ancianos, lo mejor de la vida aún lo tenemos que ver; “Pero somos viejos, ¿qué más tenemos que ver?”. Lo mejor, porque lo mejor de la vida está aún por llegar. Esperamos esta plenitud de vida que nos espera a todos, cuando el Señor nos llame. Que la Madre del Señor y nuestra Madre, que nos ha precedido al cielo, nos devuelva el estremecimiento de la espera, porque no es una espera anestesiada, no es una espera aburrida, no, es una espera con estremecimiento: “¿Cuándo vendrá mi Señor? ¿Cuándo podré ir allá?” Un poco de miedo, porque este pasaje no sé lo que significa y pasar por esa puerta da un poco de miedo, pero siempre está la mano del Señor que te hace avanzar y una vez atravesada la puerta hay fiesta. Tengamos cuidado, queridos “viejos” y queridas “viejitas”, tengamos cuidado, Él nos espera, sólo un paso y luego la fiesta.

Saludos:

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Señor que, en el camino de esta vida terrena, sepamos sembrar con gestos de amor y ternura lo que cosecharemos en el Reino de los cielos. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

LLAMAMIENTO

Renuevo mi invitación a implorar la paz del Señor para el querido pueblo ucraniano, que desde hace seis meses sufre el horror de la guerra. Espero que se tomen medidas concretas para poner fin a la guerra y evitar el riesgo de un desastre nuclear en Zaporíyia. Llevo a los prisioneros en mi corazón, especialmente a los que están en condiciones frágiles, y pido a las autoridades responsables que trabajen por su liberación. Pienso en los niños, en tantos muertos, en tantos refugiados —aquí en Italia hay muchos—, en tantos heridos, en tantos niños ucranianos y rusos que se han quedado huérfanos y la orfandad no tiene nacionalidad, han perdido a su padre o a su madre, sean rusos o ucranianos. Pienso en tanta crueldad, en tantos inocentes que están pagando la locura, la locura de todos los bandos, porque la guerra es una locura y nadie en la guerra puede decir: “No, no estoy loco”. La locura de la guerra. Pienso en esa pobre chica que murió por una bomba que estaba bajo el asiento de su coche en Moscú. ¡Los inocentes pagan la guerra, los inocentes! Reflexionemos sobre esta realidad y digámonos: la guerra es una locura. Y los que se benefician de la guerra y del comercio de armas son criminales que matan a la

humanidad. Y pensamos en otros países que llevan mucho tiempo en guerra: más de 10 años Siria, pensamos en la guerra de Yemen, donde tantos niños pasan hambre, pensamos en los rohinyás diseminados por el mundo por la injusticia de ser expulsados de su tierra. Pero hoy, de manera especial, seis meses después del comienzo de la guerra, pensamos en Ucrania y en Rusia, ambos países he consagrado al Corazón Inmaculado de María, que Ella, como Madre, dirija su mirada a estos dos amados países: ¡Que mire a Ucrania, que mire a Rusia y que nos traiga la paz! Necesitamos la paz.

Resumen leído por el Santo Padre en español

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy concluimos el ciclo de catequesis sobre la vejez, y lo hacemos recordando la Asunción de la Virgen María a los cielos. Este misterio se pone en relación con la Resurrección de Jesús, y nos anticipa el destino que nos espera cuando resucitemos. En las llagas de Jesús, que permanecen ya resucitado –conserva las llagas–, vemos que Él no perdió su humanidad ni la memoria de su vida, ni de su historia. Nosotros, aunque no podemos imaginarnos cómo será la transformación de nuestro cuerpo al resucitar, sabemos que reconoceremos nuestros rostros y las personas que amamos. Nos encontraremos.

Nuestra vida es como una semilla que debe ser enterrada para que nazca y pueda dar fruto. Esto sucederá, aunque no sin tribulación, como lo indica san Pablo al hablar de los dolores de parto que sufre la creación. Pero Jesús nos espera con amor, nos prepara un lugar a la mesa en su Reino, del cual disfrutaremos al pasar a la otra vida. Queridos hermanos, queridas ancianas, queridos ancianos, confiemos en las promesas del Señor, lo mejor de la vida está aún por llegar.
